



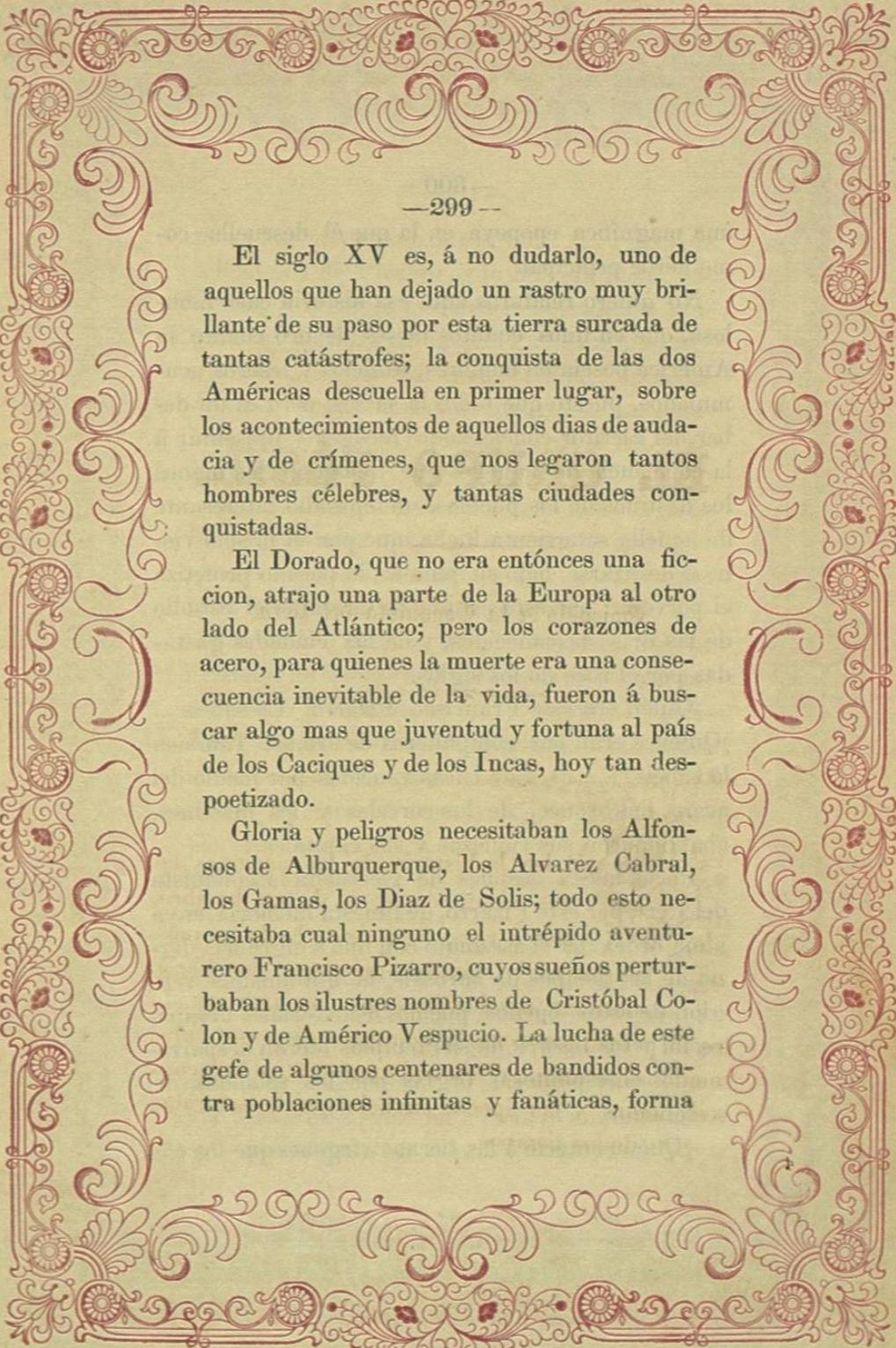
## EL GRUPO FÓSIL.

Episodio de la Conquista del Perú.



El lee la historia de las naciones en sus monumentos; la de un hombre, solo á veces representa la de un pueblo entero; y cuando enmudecen los libros sobre las revoluciones que han trastornado los imperios, los trozos de columnas dispersos entre montones de arena, revelan al numismático los acontecimientos y las épocas envueltas en la oscuridad de los tiempos.

—299—



El siglo XV es, á no dudarlo, uno de aquellos que han dejado un rastro muy brillante de su paso por esta tierra surcada de tantas catástrofes; la conquista de las dos Américas descuella en primer lugar, sobre los acontecimientos de aquellos dias de audacia y de crímenes, que nos legaron tantos hombres célebres, y tantas ciudades conquistadas.

El Dorado, que no era entonces una ficcion, atrajo una parte de la Europa al otro lado del Atlántico; pero los corazones de acero, para quienes la muerte era una consecuencia inevitable de la vida, fueron á buscar algo mas que juventud y fortuna al país de los Caciques y de los Incas, hoy tan despoetizado.

Gloria y peligros necesitaban los Alfonsos de Albuquerque, los Alvarez Cabral, los Gamas, los Diaz de Solis; todo esto necesitaba cual ninguno el intrépido aventurero Francisco Pizarro, cuyos sueños perturbaban los ilustres nombres de Cristóbal Colon y de Américo Vespucio. La lucha de este gefe de algunos centenares de bandidos contra poblaciones infinitas y fanáticas, forma

una magnífica epopeya, en la que él descuella como héroe principal.

No quiero relataros aquí esa historia casi fabulosa, que en unos cuantos meses devoró cuanto la América poseía en hombres, edificios y tesoros acumulados, puesto que todos la sabeis; pero es un deber del escritor concienzudo recoger y presentar á la conciencia de aquellos que tienen en las manos los destinos de los pueblos, un episodio interesante de aquella sangrienta lucha, que por sí mismo viene á deslizarse bajo su pluma: lo pasado profetiza el porvenir; por esto es muy interesante el estudio de los días desvanecidos, y de las ciudades gastadas por el roce de los siglos.

¿Quién era este Francisco Pizarro? Lo sabeis... ¿Quiénes eran sus compañeros de armas? También lo sabeis. . . . Los Incas vencidos por medio del acero, del bronce, de los corceles y los mastines, abandonaron sus riquezas y sus capitales.

Pocos meses despues de efectuada la conquista del Perú por este Pizarro, de funesta memoria, cuya alma ordenaba el asesinato con una sangre fría digna de los tiempos de barbarie, la antiquísima religion de estos buenos pueblos ecuatoriales desapareció, y los tesoros de sus templos fueron desparrados en espantosas orgías por los soldados del espoliador. . . .

¿Qué aconteció á las tiernas vírgenes que los Cu-

racas habian consagrado al Sol? . . . . ¡Ay! la soldadesca de Pizarro os lo hubiera dicho entonces, y nosotros que hemos hojeado las sangrientas páginas de aquella guerra impía, aseguramos, porque tal es la verdad, que pocas de ellas escaparon de los ultrages de los hombres perversos que arrastraba tras sí su sanguinario gefe.

La mas hermosa de ellas se nombraba Kálida, si debemos dar fé al manuscrito mutilado que en este instante tenemos á la vista, é intentaba casarse con ella el Inca mismo. En medio del asalto dado al templo sagrado que la defendía de las miradas profanas de los peruanos, cayó prisionera de un jóven oficial castellano, cuyas costumbres apacibles y honradas contrastaban con las de sus sacrílegos compañeros. Se llamaba Juan Torrijos: Kálida implorando misericordia se precipitó á sus piés; mas apénas levantó los ojos hácia el vencedor, dió gracias y bendijo. . . .

¡Oh! fué uno de esos amores castos y piadosos que ennoblecen y consuelan: se amaron sin habérselo dicho antes; el hermano respetaba á la hermana, pero la hermana comprendia que muy bien podia ecsistir en el corazon de la muger otro sentimiento que aquella santa amistad que ocupaba su vida sin satisfacerla.

Jamas me detengo, sin bañar mis párpados en lágrimas, delante de este Grupo fósil que solo la ciencia puede observar con una frialdad estudiosa: una época entera se desarrolla á mi vista; época de sangre y de sacrilegios, en que el mundo se agrandaba, en que las pasiones malévolas, llevadas en alas de los vientos, navegaban con nuestros buques viajeros. Cuando toco con los dedos estas dos elocuentes figuras, busco al niño pulverizado que ha dejado sobre el seno de la madre una marca tan dramática!

Veo todavía sobre los flancos de esas cordilleras heladas que atraviesan las Américas de Norte á Sur, á estos pobres desgraciados perseguidos por orden de Pizarro y por la de su prisionero el Inca, segun ellos nos la refieren con su sencillo language. El primero los perseguia porque necesitaba á Torrijos, cuyo brazo y talento habian sido tan útiles en la conquista, no dejando por esto de apoderarse despues de Kálida misma; el otro pedía á gritos á la jóven peruana, cuyo recuerdo le era mas caro aún que el de la libertad.

¡Ay! Leed como yo lo hago, estas páginas elocuentes dictadas por el dolor y la desesperacion, y comprendereis las angustias y las torturas de los dos fugitivos de Quito, despues del incendio de esa capital.

Un pais desconocido, llanuras desiertas, selvas

casi impenetrables, áridas montañas agrupándose unas sobre otras y remontando á los cielos sus frentes orgullosas; añadamos á estas calamidades, lo mismo que á estas fatales riquezas de terreno, torentes invadeables, bestias feroces que combatir ó que esquivar, reptiles ponzoñosos que venían á veces á participar del lecho de ambos amantes, y comprenderéis, acaso, por qué he seguido con tanto interes á mis dos héroes, hoy tallados en piedra, cuya sed y hambre han debido tan á menudo helar su valor sin que se resfriase su pasion.

Como lo sabeis, Quito está tan elevado sobre el nivel del mar como las mas altas cimas de los Pirineos, y sin embargo hácia regiones mas aéreas se dirigieron todavía nuestros dos fugitivos. El alma se purifica con las emanaciones celestes; y como las vetas en las que se sacaba el oro se encontraban al rededor de las colinas, naturalmente creían que los soldados de Pizarro mas ávidos de riquezas que de venganza, no treparian por las Cordilleras, donde los aguardaban tantos peligros. Torrijos ¡ay! no pensaba sino en los hombres; pero los elementos tienen tambien su cólera, y en adelante contra estos principalmente tenía que luchar.

Quito aunque situado bajo los trópicos tiene noches heladas. Torrijos y Kálida muy pronto lo conocieron, y os dejamos pensar cuántas angustias debieron experimentar, cuando en medio de las tinieblas se vieron atraídos, envueltos en un tegido de nieve, cuyos copos helados azotaban sus miembros

entorpecidos, y formaban un blanco manto que cubria los abismos que los rodeaban . . .

¡Oh! esta parte de la relacion de estos dos infortunados está marcada del terror mas cruel; y se adivina que si los caracteres que la recuerdan son españoles, ha debido estar dictada por una muger. . . . ¡Pobre Kálida! acaso ya observaba que conducía en el seno la prenda de su amor, mucho mas fuerte que la cólera celeste!

Vedlos sin embargo sostenidos uno de otro, prontos á desaparecer á cada paso en los precipicios profundos que encuentran al paso. Hierven tormentas á sus piés y sobre sus cabezas. . . el torbellino caprichoso se vale de todos sus esfuerzos: el valor no servirá sino para prolongar su agonía.

“Quedémonos aquí, dijo Kálida, con una voz apénas inteligible, el último suspiro del hombre debe ser un pensamiento á su Dios, solamente el reposo nos permite reunirnos con él. . . . ¡Mira! prosiguió ella, una roca desplomada donde podemos ecshalar el último suspiro. . . . ¡Que nuestras dos almas, Torrijos, se confundan en un mismo adios!”

Se sentaron sobre un trozo de lava que el huracan había despojado de la nieve, y allí solos, abrigados en los brazos uno de otro, aguardaron su libertad, es decir, la muerte.

Todo estaba blanco á su rededor: era un fúnebre sudario que se perdía en un inmenso horizonte, y parecía desear envolver el mundo con la misma catástrofe. . . . ¡Escuchad! ¡escuchad! . . . un ruido sordo, lúgubre, fatal, que resuena como una amenaza celeste ¡creeríais que eran las olas rugientes de una mar borrascosa: era un concierto satánico!

¡Son las voces roncadas de los *pumas*, de esos leones americanos que saltan á veces al rededor de las caravanas aventureras? No, jamas osan llegar hasta estas regiones heladas. Tambien las serpientes se callan con los furores de los elementos coligados. . . . ¡Qué es pues este redoble casi continuo, cuyos últimos sonidos repetía con un siniestro gemido la roca en que se amparaban?

Es la avalancha que está preparando su obra de devastacion; es la frente de la montaña que va á inundar el valle. . . . ¡Vedla! ¡piedad! se levanta, ruge, estiende los flancos, abre los brazos, sube, se hunde, se balancea y parte. . . .

La roca solamente le resiste; todo lo demas es arrastrado, destruido en su carrera

gigantesca; árboles seculares, nerviosos bejucos, canteras bituminosas, pájaros viajeros perdidos en el espacio, condores gigantesos cirniéndose sobre las nubes, cadáveres de cuadrúpedos y de reptiles, todo es confundido, mezclado, envuelto en la misma red mortífera; todo es devorado por las rápidas aspiraciones del meteoro terrestre. Se renueva el caos, y cuando la montaña tiembla hasta la base, Torrijos y Kálida eran los únicos que aguardaban el desenlace del drama con una tranquilidad, que parecía insultaban el desastre.

Acaso sabremos mas tarde si esta avalancha furiosa se contentó con haber colmado de despojos el profundo precipicio donde acababa de espirar su rabia; con este motivo escucharemos á exploradores mas verídicos de estas comarcas, sobre las cuales el poder divino ha prodigado sus tesoros y sus pobreza mas considerables. . . . . Por ahora sigamos á nuestros amantes á la faz de los hombres, nuestros esposos delante de Dios, y veamos si despues de tantas correrías y peligros, no descubrirán un aduar indiano, una familia nómade, que les dé albergue, calor, algunas frutas y consuelos.

—“¡Cuán fatal te ha sido mi amor! decía Torrijos á su dulce y valerosa compañera, á quien veía con los piés desgarrados por las asperezas del camino: ¿es verdad que la maldices, Kálida de mi alma? . . . . . Dí, ángel de consuelo en todas

las desgracias, dí sin temor á aquel que no quiere vivir sin tí, dí que habias confiado mas en tus fuerzas y en tu ternura; díle que el arrepentimiento empieza á nacer en tu corazon, y al mismo tiempo mi cuerpo mutilado rodará al fondo de este abismo inmenso!”

Por única respuesta Kálida lanzó sobre Torrijos una de esas miradas bañadas de lágrimas, que son á la vez un consuelo y un reproche; un beso ardiente fué la prenda de una paz eterna. . . . . Tambien la energía de ambos renacía á cada obstáculo que se levantaba delante de ellos; y tal era la heroica rosolucion de los fugitivos, que á menudo sus votos clamaban por las barreras mas formidables, con el objeto de probar al destino, que su amor se redoblaba á medida que aquellas se arrojaban á su paso. . . . .

¡Ved! como el cielo les sonrío y el sol los calienta; encendiendo su esperanza un divino paisaje de esos frescos y risueños oasis, que la mano del Todopoderoso ha colocado casi siempre en medio de los salvages é incultos sitios que aún á las bestias mismas espantan y hacen huir.

Es un valle delicioso donde brilla alegremente una superficie de agua que sirve de espejo á los árboles odoríferos, cuyo suave perfume viene á consolar al viajero perdido en estas inmensas soledades; parvadas de numerosos pájaros, que brillan con mil colores, atraviesan la espesa cabellera de colosos vegetales, inundando el aire con sus armoniosos trinos, lánguidos gorgoros y melancólicos suspiros, que conmueven, admiran y encantan al mismo tiempo. . . . . Aquí se acabaron las serpientes enroscadas entre las flores, se acabaron los jaguares de piel amarilla tachonada de manchas negras, de lengua callosa, de uñas agudas, de pupilas de fuego, de movimientos tan rápidos y tan sueltos, que se podria muy bien llamarlos reptiles de los cuadrúpedos; y como si el Criador de todas las cosas hubiera querido decir al hombre de las selvas ó al de las

ciudades: “*Detente ahí*” . . . . las colinas escalonadas que rodean este encantador Dorado desafían las cimas mas elevadas á que les lleven hasta su último escalon un solo despojo de los destrozos periódicos con que parecen glorificarse las espantosas y eternas avalanchas.

En presencia de un paraíso terrestre tan imprevisto, Torrijos y Kálida cayeron de rodillas é hicieron subir hasta la frente de Jehová sus acciones de gracias mas fervientes.

“Doy gracias á tu Dios, dijo Kálida; solo él puede arrojar á nuestros piés santas riquezas, y en nuestros corazones santas alegrías.”

—“Démosle gracias en nombre de los dos, dijo Torrijos.”

—De los tres, añadió vivamente Kálida, con los ojos inundados de lágrimas.”

—“¡Ojalá que él le conceda felices días!”

—“Roguémosle, Torrijos; llamémos Juan á nuestro hijo, para que se llame como tú. . . . ya que tú tienes patria y la mía se acabó.”

—“¿Es posible?” preguntó el español á la peruana, á quien había vuelto á tomar del brazo con un amor frenético; ¡oh! pero entonces, para tí mi patria; para tí mi cielo; para tí mi Dios, porque él ha creado tu nacion; este ardiente sol que fecunda por órden suya tantas riquezas desplegadas á nuestra vista. . . . Ven, Kálida; de aquí en adelante esta es nuestra patria, aquí está la felicidad, aquí nacerá el primer

vástago de la familia de Torrijos y de Kálida.

Bajo un cielo siempre azul, sobre un terreno siempre vírgen y fecundo ¿qué necesita el hombre á quien sigue una dulce compañera que participa de sus sentimientos? . . . Agua, algunas frutas, la salud, una mirada mas amorosa, cuyo poder eterno da valor al tímido, al condenado esperanza. . . .

Torrijos era, pues, dichoso en este risueño valle, cuya opulencia describe en términos tan poéticos; lo era doblemente porque leía al despertar en una sonrisa consoladora de los lábios entreabiertos de Kálida, que muy pronto iba á ser madre.

Así se forman las colonias, le decía la bella peruana con el acento mas persuasivo; al principio no hay mas que uno, luego dos, despues tres; mas adelante la casualidad envía hasta el desierto á un viajero descarrado. . . . Se le tiende la mano, se le acoge, se le cuida, y la familia tiene necesidad de un campo mas vasto, de una cabaña mas espaciosa, de una estera mas ancha.

—“¿Qué, te fatiga la soledad?” preguntó tristemente el español.

—“No, amigo mio; pero el porvenir debe ocuparnos un poco: vas á ser padre, Torrijos; tu hijo tendrá un alma como tu alma, yo daré la mia á mi hija, porque no es cierto que nuestros pensamientos estén en el cuerpo.”

—“¿Cuán noble eres, oh ángel mio de consue-

lo! . . . . . ¿Pues bien, sabes lo que me inspira tu sabia prevision?”

—“Habla, mi amigo; me es dulce tu acento aun cuando me reproche; apuesto que vas á tener razon contra mí, que tengo siempre la culpa.”

—“Escucha: estamos muy dichosos aquí, lejos de los Curacas, sobre todo lejos de los españoles, mis sanguinarios compatriotas, de manera que la idea de explorar mas allá de la corona de lava que nos aprisiona, me ha venido ahora. . . . Acaso estamos cerca de algunos de esos aduares dichosos de que nos hablan las viejas tradiciones de nuestro pais; tal vez vivimos en medio de un mundo habitado. . . . ¿Quieres que escale estas crestas áridas que nos dominan y que mi vista sondée las profundidades de los valles que los separan? . . . La dicha pura no es egoista, y si es cierto que algunas poblaciones se encuentran cerca de aquí, creo que sería humano decirles que nuestro pais es rico, que nuestras frutas son sabrosas, nuestras aguas siempre frescas y limpias, y nuestro imperio demasiado vasto para unos cuantos infortunados.

“¿Lo quieres, Kálida?”

—“Es un reproche tu proposicion,” respondió la joven india á presentando una mano pequeña y ardiente, su esposo inquieto; pero la acepta sin enfado; “solamente te digo que si partes, si te alejas, yo parto contigo, yo no me separo de tí; tus fatigas deben ser mias, tus peligros mios” . . . .

—“¿Y tu niño?—esclamó Torrijos alarmado: aquí tenemos flores siempre brillantes, césped siempre verde, árboles siempre con frutas. . . . No se necesitan tumbas, y tú lo sabes ¡mi divina compañera! tu último suspiro será el mio.”

Todavía estaba bañado el valle con el crepúsculo matutino, pero las cimas de los montes se purpuraban con los primeros rayos del sol, las aves revolaban al traves del follage, y las pintadas mariposas se disputan gozosamente el imperio del aire. . . . Un hombre jóven y fuerte, una muger linda y tierna, trepaban por las ramblas de esta parte de los Andes Americanos, tan poco estudiada todavía. No se hablaban, y sin embargo cada uno de ellos llevaba en su cerebro pensamientos siniestros; parecian dos culpables marchando al patíbulo. . . . Si hubieran pronunciado una sola palabra, hubieran, indudablemente, vuelto sobre sus pasos; pero como el silencio podia dar una esperanza al corazon del otro, proseguian su marcha trabajosa, atravesando senderos naturales que la lava había formado en la montaña y que indicaban, por decirlo así, la época de las erupciones que la habian vomitado.

Sin embargo, las fuerzas traicionaban el valor de la jóven peruana, cuya dulce carga paralizaba su marcha; por esto apenas habian al-